

Douglas Scott, maestro de maestros

Carlos Soto

Maestro en diseño industrial, Facultad de Arquitectura, UNAM

En 1968 el arquitecto Ramón Torres, director de la entonces Escuela Nacional de Arquitectura, propuso la creación de un taller de diseño dentro de la carrera para impulsar la formación de arquitectos interesados en el desarrollo de mobiliario y accesorios; además, buscó en diferentes instituciones para conocer sus esquemas de enseñanza y a los expertos en la materia.

Finalmente, estableció contacto con la Central School of Arts de Londres, cuyo taller de diseño industrial estaba a cargo del maestro Douglas Scott. Fue ahí donde el arquitecto Torres se convenció de la necesidad de crear una carrera específica en lugar de un taller de especialización. Con esta idea envió a Londres a tres arquitectos recién egresados para prepararse como los maestros del futuro taller de diseño.

Un tiempo después, con la primera generación de alumnos inscritos en la carrera piloto, se vio la necesidad de fortalecer los estudios y de encaminar el proceso formativo hacia un perfil más acorde con la realidad tecnológica y productiva nacional. Con la idea de concretar el proyecto, profesores y alumnos decidieron invitar al maestro Scott para que orientara y apoyara las labores académicas en el taller de diseño industrial. Su primera participación fue un curso de cuatro semanas a finales de 1970. Trabajó con los estudiantes de las primeras generaciones con ejercicios y el desarrollo de productos con diferentes niveles de complejidad, distintas aplicaciones tecnológicas y materiales. El objetivo era diseñar para la producción en serie, con base en las condiciones del mercado, los costos de fabricación de los moldes y las herramientas.

El cambio de actitud con respecto al problema del diseño industrial por parte de los alumnos fue radical; al finalizar el curso esos primeros diseñadores industriales mexicanos tenían una mejor y más clara idea de lo que implicaba el ejercicio profesional, de la importancia de los aspectos de ingeniería y de la producción fabril. Como resultado, la experiencia obligó a considerar la participación de ingenieros expertos para integrar un cuerpo docente conforme a la realidad de la disciplina. Desde entonces, el diseño industrial en la UNAM se considera como una labor multi e interdisciplinaria, donde el contacto con los materiales, sus procesos de transformación y las restricciones que plantea el manejo económico de los recursos para desarrollar un proyecto no se volvieron a dejar fuera del proceso.

La nueva óptica se notó inmediatamente: una primera muestra de los trabajos escolares con planos y modelos dejaba bien claro que la planeación de los objetos como productos para la fabricación en grandes series y con tecnologías de avanzada era



Douglas Scott

el camino que se debía seguir, ya que señalaba la posibilidad de incidir en el proceso de desarrollo tecnológico nacional y en consecuencia en la sustitución de importaciones. Sin embargo, el taller de diseño industrial era una empresa compleja que debía dirigirse hacia un objetivo concreto o corría el grave riesgo de perderse por ser una disciplina que abarca muchos campos, todo tipo de implementos y objetivos que van desde el diseño de accesorios para ropa hasta el automotriz.

El curso de Douglas Scott se repitió en 1973, ya con la cuarta generación de alumnos de la carrera y con una planta docente conformada, además de los diseñadores, por ingenieros industriales y mecánicos. El curso se enfocó en la función de las estructuras, la intervención de los componentes mecánicos y los objetos pero, sobre todo, en la relación funcional entre éstos y el ser humano que, como usuario, los manipula y percibe.

Estos aspectos sentaron las bases del taller de diseño industrial en la nueva si bien más afianzada escuela. De manera simultánea ya no sólo se tomaron en cuenta los aspectos técnicos, la producción industrial y la función operativa, sino también los factores humanos como la relación del hombre con el objeto en cuanto a su manipulación y uso, al igual que de manera subjetiva la percepción estética del producto industrial como agente transmisor y modificador de la cultura material.



Routemaster

En aquellos tiempos la profesión era muy joven, pero cada año crecía el número de alumnos que buscaba formarse en los más diversos campos de la disciplina. El problema radicaba en la falta de catedráticos calificados, lo que se tenía eran unos pocos recién egresados sin mayor experiencia en la docencia.

Ante la imposibilidad de formar profesores en algún posgrado para capacitarse mejor en la enseñanza, el nuevo coordinador de la carrera, Ernesto Velasco, llamó nuevamente a Scott para que además de impartir clases apoyara en la formación de los nuevos docentes.

Con 64 años de edad, Douglas Scott recibió con agrado la invitación para incorporarse como académico de tiempo completo en la UNAM; así que su tercera visita a México implicó para él un cambio de residencia, país, cultura, idioma y el contacto con un pueblo que todavía le era extraño.

Se sorprendió al encontrar una escuela que había cambiado mucho en esos pocos años. Estábamos por mudarnos de aquel sótano del edificio principal de la Facultad (en el que estudiamos las primeras generaciones y donde actualmente se encuentra el acervo de la biblioteca) a una nueva construcción con espacios y equipos especialmente adecuados para la escuela. Nuestros talleres ya permitían la enseñanza de manufacturas de madera, metal, metalmecánica, plásticos y cerámica, contábamos además con una biblioteca incipiente, laboratorios para fotografía y audiovisuales. Sobre todo, el claustro académico tenía especialistas en las áreas y disciplinas relacionadas con el proceso de diseño industrial. La temprana participación de algunos recién egresados en el Taller de Diseño Industrial como Carlos Chávez, Luis Equihua, Rogelio Fuentes y quien suscribe, representaba otro planteamiento en cuanto a los procesos de enseñanza-aprendizaje, dado que por primera vez los profesores eran diseñadores industriales formados en la misma escuela.

Inmediatamente, el maestro Scott se incorporó al taller, pero sin un grupo fijo a su cargo, se sabía que sus alumnos directos íbamos a ser los propios académicos. Por delicadeza no quería hacer sentir su presencia como una imposición, y con una humildad que ahora valoramos más que nunca, entendió nuestro modo de interpretar los objetivos y métodos, mientras nos aclaraba los aspectos más importantes para nuestro desenvolvimiento como profesores en un ámbito tan complejo.

Naturalmente, la diferencia cultural y modos de hacer le provocaron algunas molestias al principio. Para su desesperación, los alumnos solían llegar tarde a las clases y hablaban entre sí. Algunos entraban con amigos y novias que no tenían

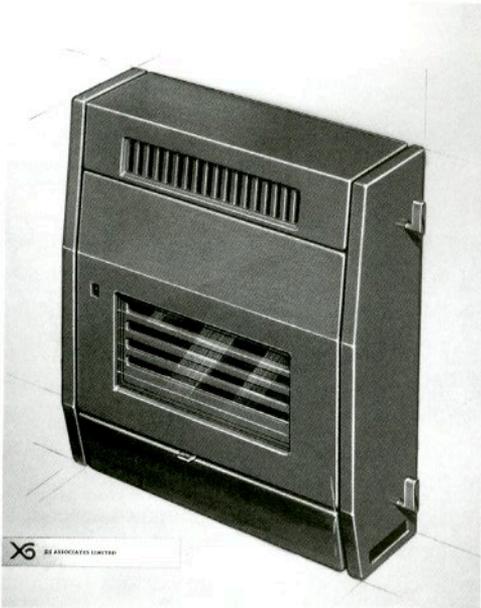
que ver con el curso; ponían pretextos para no cumplir con los avances, tenían poca disciplina para documentar y validar sus propuestas de diseño. Poco a poco estableció reglas para mejorar esos aspectos. Las puertas se cerraban a la media hora de iniciado el taller que duraba cuatro horas con un descanso. Pero siempre reconoció la voluntad y el talento creativo de nuestros estudiantes: "*this amazing mexican flats*", exclamó un día al ver la gran calidad de los trabajos durante una entrega final.

Su frase, la que más recordamos, era: "no podemos enseñar a diseñar, pero podemos enseñar a pensar como diseñadores", y nos hizo ver claramente cuál era el sentido de nuestra función: por un lado estimular la creatividad de los alumnos y, por el otro, lograr que se sujetaran a las condiciones de la realidad material en cada proyecto. Él sabía seleccionar y plantear el tema adecuado para estimular la actividad creadora en sus alumnos en búsqueda de provocar respuestas inmediatas; durante el ejercicio favorecía las soluciones a partir de las condiciones a las que el objeto debía responder.

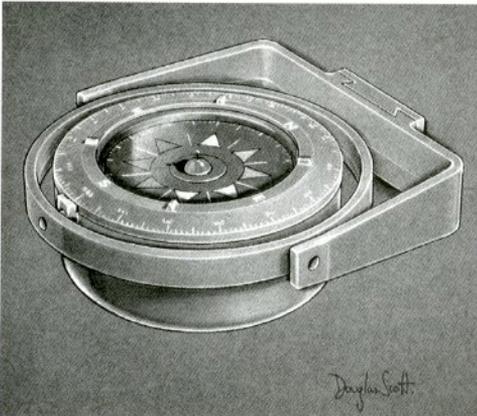
Trabajaba con alguno de nosotros en un ejercicio escolar y sus siempre certeras opiniones nos permitieron conocer hasta qué grado se puede intervenir en el trabajo del alumno para que lo importante no fuera el mero resultado del diseño, sino el verdadero aprendizaje según su particular experiencia, ya que no todos aprovechan igual un ejercicio aunque se desarrolle el mismo tema.

Finalmente, tuvo que regresar a Londres. Fueron tres años de la más fructífera relación. Todos, alumnos y docentes de la carrera lo llegamos a considerar un amigo. Personalmente, le tomé un gran cariño y siempre recordaré las tardes de domingo cuando lo acompañaba al mercado de la Merced, donde disfrutaba enormemente fotografiar los puestos de flores y frutas; recordaré también nuestro viaje al Bajío y la manera en que percibió la ciudad de Guanajuato, ahí supo observar y analizar la forma en que nuestras raíces españolas se hicieron mexicanas. Cuando Jonathan Glancey lo entrevistaba para escribir su biografía, confesó que esos tres años en México fueron particularmente felices por el calor de sus amigos que nunca lo hicieron sentirse extranjero.

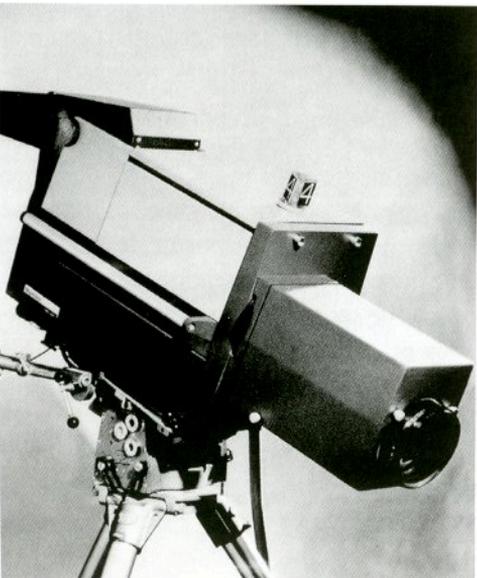
Aquí diría que a pesar de ser uno de los diseñadores industriales más reconocidos del siglo xx, y contraviniendo aquella sentencia que dice que quien sabe hacer, hace, y quien no sabe, enseña, Douglas Scott fue un magnífico maestro, y no hay duda sobre su talento como diseñador. Se inició como artesano y orfebre, sus trabajos con metales preciosos le permitieron desarrollar una sensibilidad especial para generar formas e idear configuraciones. Posteriormente, trabajó como diseñador en una fábrica



Calefactor
Dibujo: Douglas Scott



Brújula
Dibujo: Douglas Scott



Cámara TV Marconi



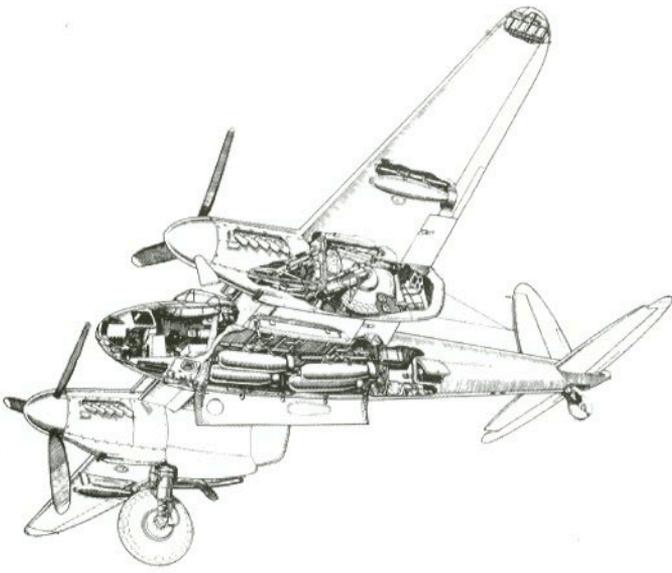
Bombardero Mosquito de la fábrica de aviones De Havilland

de lámparas y candiles, donde se incorporó al proceso de producción industrial. En 1936 se hizo cargo de la oficina en Londres de Raymond Loewy, el más afamado diseñador en la Unión Americana, para quien desarrolló proyectos de diseño de electrodomésticos y mobiliario para oficinas, equipos para la naciente industria electrónica, estaciones para gasolineras, muebles para baño, el automóvil Hillman Minx y un extenso etcétera.

En 1939, al estallar la Segunda Guerra Mundial, tenía 26 años y seguramente lo hubieran mandado al frente de no ser por su talento, ya que fue recomendado para integrarse a los equipos de diseño de las fuerzas armadas, donde sirvió por un tiempo. Un día, al recordar aquellos años, me dijo que dormitaba en las noches debajo de su restirador, y de pronto llegaba la solicitud de diseñar una mochila, un tablero de control para la radio de un barco, unas botas, una camilla, unas gafas para el desierto, una tienda de campaña, una caja impermeable para municiones, una torreta para las ametralladoras, entre otros. Noches y días de un servicio que dejó para integrarse a la fábrica de aviones De Havilland, donde trabajó en el diseño del bombardero Mosquito, la maravilla de madera, el avión con el que se hizo el contraataque en la batalla de Inglaterra.

Douglas Scott fue honrosamente condecorado por sus servicios a la patria, lo que a la postre lo llevó a ser el diseñador industrial real (*Royal Designer for Industry*), nombramiento que implica la mayor distinción a un profesional británico y que da la autoridad para opinar con respecto a la calidad del diseño de cualquier producto inglés, así como para otorgar el famoso *By Appointment to Her Majesty the Queen* a los productos de la industria británica merecedores de tal reconocimiento por su diseño y manufactura.

Al terminar la guerra, Douglas tenía una envidiable experiencia, había desarrollado sus capacidades de creación e inventiva en situaciones extremas. Esto, además de su vocación por la enseñanza, le permitió incorporarse a la Central School of Arts



Havilland Mosquito

para hacerse cargo del programa de diseño industrial. Nunca dejó de combinar su actividad profesional y la docencia. Él, un autodidacta, siempre estimuló la formación escolar y opinaba que la responsabilidad sociocultural del diseñador hacía indispensable la formación universitaria.

Su pasión por el diseño y la creación de nuevos objetos mantuvo su espíritu joven hasta el fin de sus días. Pasó los últimos años de su vida —ya jubilado e imposibilitado por la ley británica para ejercer— como asesor sin sueldo de los despachos de sus exalumnos.

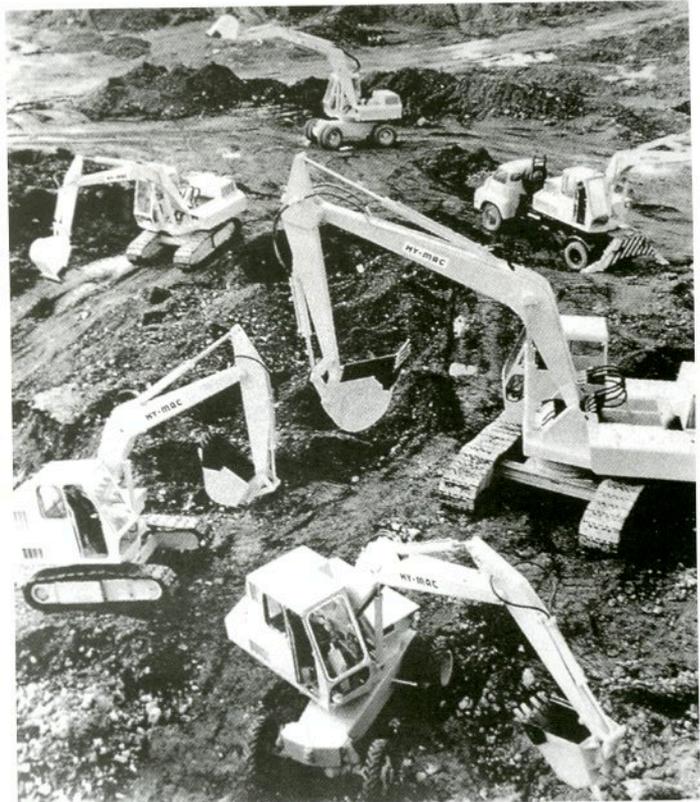
En 1989, con motivo del vigésimo aniversario de nuestra escuela, su escuela, visitó México por última vez. Fue testigo de cómo aquel experimento que había ayudado a crear se había transformado en una institución sólida, la mejor de Latinoamérica en su especialidad; también pudo ver cómo habíamos aprovechado sus enseñanzas y la manera en que lo recordamos con el salón para el taller de dibujo que desde entonces lleva su nombre.

Douglas Scott murió el 2 de octubre de 1990. En la Facultad de Arquitectura se creó una Cátedra Especial en su honor para que nunca lo olvidemos.

Con este breve escrito he querido reconocer a uno de los más sólidos forjadores de nuestro Centro de Investigaciones de Diseño Industrial, el CIDI, que jamás hubiera sido posible de no contar con la sensibilidad estética de Clara Porset, la inteligencia mecánica de René Sagastume, la visión industrial de Ulrich Sharer y la claridad profesional de Douglas Scott. Ellos son los forjadores a quienes todos sus alumnos les estaremos siempre agradecidos, porque nos ayudaron a construir esta escuela que lucha por parecerse cada día más al sueño de Horacio Durán.



Hillman Minx



Máquinas Hy Mac